

LA ESCALADA DE LA VIOLENCIA

Es el gran éxito del verano europeo. Las mayores colas, la más amplia demanda de entradas se produce ante los locales de Londres, París o Milán que lo proyectan. Ha venido en plan de invasión, con bloques de una decena o más de películas que ocupan, semana tras semana, la cartelera. Prácticamente, nadie lo conocía hace un año. Hoy se ha convertido en el centro de los comentarios de miles de personas que siguen apasionadamente la llegada de nuevos títulos. Ha sucedido a la serie de «Trinidad» e imitadores en el trono de la comercialidad. Críticos, sociólogos, simples aficionados, se preguntan con estupor el porqué de tal éxito. No sin razón, no sin motivos, ya que el triunfo en Occidente del cine de Hong-Kong resulta difícil de explicar, de comprender en todo su sentido.

¿Qué poseen estos films para arrastrar al público de tal manera? ¿Qué elementos contienen para justificar dicha atracción masiva? Creo que la respuesta se aleja del campo estrictamente cinematográfico. Porque pocos productos habrá tan analfabetos en inventiva y lenguaje como los que salen de los estudios hongkonianos. En España hemos visto hasta ahora cuatro de ellos: «Karate a muerte en Bangkok», «De profesión: invencible», «El luchador manco» y «Los cuatro dedos de la furia», no estrenada en Madrid, pero sí, por ejemplo, en Barcelona. Es de temer que llegue el resto, porque si títulos importantes nos falta ver a docenas, en subproductos no nos perdemos ni una. El hecho de que aún andemos lejos de la quinceañera de películas de Hong-Kong exhibidas en Francia —donde se les ha bautizado como «western-soja» o, con más propiedad, «karate-soja»—, no obstaculiza en absoluto el balance, la posibilidad de establecer unas características comunes. Porque son films unos exactamente iguales a los otros, perfectamente intercambiables entre sí, con la única diferenciación de su grado de violencia, mucho más intensa cuanto más reciente es el estreno. No se trata de una casualidad, sino de una política de introducción en el mercado occidental estudiada al milímetro. Con el cinismo habitual en los grandes productores,



«Los cuatro dedos de la furia» es la cuarta de las películas de Hong-Kong llegadas hasta ahora a España. Sin estrenar en Madrid, ha obtenido un amplio éxito en Barcelona, aunque quizá este cine no ha alcanzado todavía entre nosotros un éxito tan espectacular como en otros países.

el más importante de Hong-Kong y principal exportador, Run Run Shaw, lo expone: «Creo que a los europeos les van a gustar nuestras películas porque son diferentes, son excitantes. Al principio, les presentaremos films poco sangrientos. Después, añadiremos cada vez un poco más de sangre...». De hasta dónde puede llegar ese «poco más», dará una idea el que en los estudios de Run Run Shaw (sesenta y seis años) y su hermano mayor, Runme, se gastan diariamente unos treinta litros de sangre artificial. Una sangre potable, azucarada para cuando los actores tienen que expulsarla por la boca, y que no deja mancha, con el fin de que los trajes puedan ser utilizados una y otra vez.

Todo el cine de Hong-Kong se centra en la violencia, y creo que es buceando por aquí como hallaremos las razones de su éxito. Porque se trata de una violencia químicamente pura, primitiva, brutal, de lucha cuerpo a cuerpo o con arma blanca —nunca de fuego—, que destroza físicamente al adversario. En la escalada que han ido marcando los James Bond y los «westerns» italianos, llegamos ahora al cenit, al límite. Nada precisa justificarse, poseer un desarrollo más o menos lógico. Consisten en pelea tras pelea, lucha tras lucha, estas ínfimas,

vergonzantes películas hongkonianas que degradan el cine, embrutecen conscientemente al espectador y transforman la comunicación fílmica en salida de urgencia para obsesos, reprimidos y frustrados de nuestra civilización violenta. Una trama mal hilvanada, la imprescindible para que el público no crea asistir a un documental —lo que quitaría muchos enteros de comercialidad—, una americanización de los elementos expresivos para acercarse a lo más externo del cine de serie de Hollywood y un maniqueísmo infantil, con «buenos y malos» («el héroe nunca debe morir, sino poder matar siempre», dice Shaw), perfectamente reconocibles desde que aparecen en pantalla hasta para el más subnormal, acaban por caracterizar estas desdichadas producciones. Que indignan y entristecen a quienes creemos que el cine ha de ser exactamente lo contrario, proporcionan material de análisis a los estudiantes de la sociología de masas y hacen pensar con preocupación en lo que sentarse en una butaca significa para una mayoría de espectadores (y no ya de un país determinado).

Por otra parte, también juega el exotismo, el que esos cientos de peleas no se desarrollen mediante los usos que el público



«Affiche» inglés de una de las producciones de mayor éxito comercial del cine de Hong-Kong. Su protagonista, Bruce Lee —muerto hace unas semanas—, y su director, Lo Wet, están considerados (junto a la actriz Lili Li) como las máximas figuras de este cine, que invade Europa. Con vivienda y alimentos pagados, un actor de éxito gana en la colonia inglesa alrededor de siete millones de pesetas anuales, fijados por un contrato que le liga a la productora durante ocho años.

occidental sabe de memoria, sino con las técnicas del «Kung Fu», a base de golpear con manos, pies y cabeza el cuerpo enemigo, así como de dar increíbles saltos —realizados, evidentemente, con camas elásticas— en medio del combate. Ello, entre otras cosas, distingue al «Kung Fu» del karate o del judo, según «De profesión: invencible» deja bien claro al situar como máximos contrincantes a tres mercenarios japoneses (aquí no falta ni la xenofobia



La temática del cine de Hong-Kong se caracteriza por su simpleza, con preferencia hacia las historias de venganza o de rivalidad entre academias de luchadores profesionales. Ello facilita la inserción de continuas peleas, de una violencia repetida secuencia tras secuencia. «First of fury» mezcla ambas anécdotas, añadiendo un rudimentario sentido del humor.

bia) que practican estas formas de lucha últimamente citadas. Así hallamos una nueva raíz del entusiasmo mostrado por el público occidental, siempre admirador de quien —en el plano físico— es capaz de hacer algo que no está a su alcance. Un cierto humor chulesco y fanfarrón al estilo «Trinidad» evita que ello llegue a producirle acomplejamiento, que se sienta excesivamente inferior.

Hong-Kong (colonia británica regida por un gobernador inglés nombrado por Londres, 1.032 kilómetros cuadrados de superficie, 4.064.400 habitantes a finales de 1971 —lo que determina una densidad de población de alrededor de 4.000 personas por kilómetro cuadrado—, contraste extremo entre el colonialismo del capital extranjero y la miseria indígena, enclave de todo tipo de mercado, incluso humano) se hallaba situado desde hace ya bastantes años en el grupo de cabeza de la producción cinematográfica mundial, alternando —con sus entre 200 a 250 films anuales— con la India, Japón y Estados Unidos. Pero si antes su mercado era puramente asiático (200 millones de espectadores), la novedad estriba en su conquista del occidental, que parecía vedado por la baja calidad de sus realizaciones y que hoy se rinde a sus pies, como lo demuestra, por ejemplo, que una película de Hong-Kong («Five fingers of death») haya logrado situarse entre las diez más taquilleras del primer semestre norteamericano, dentro de una lista tradicionalmente dominada por obras de este país.

Han sido los ya citados Shaw brothers los principales responsables de este «boom», aunque, a filón abierto, se hayan unido después otros productores. Los Shaw

funcionan a la manera del «Hollywood dorado» (1): siete millones de dólares costó hace diez años construir sus estudios, que se extienden a lo largo de 18 kilómetros cuadrados del carísimo suelo hongkoniano, pues además de las instalaciones cubiertas poseen dieciséis «sets» al aire libre. Allí ruedan, día y noche, ciento veinte compañías de producción, siempre —salvo ligeras excepciones— en decorados contruados, hasta fabricar un total de films que supera los doscientos largometrajes. Treinta directores bajo contrato, otros tantos guionistas (con la obligación de escribir diez guiones mensuales, se ruedan o no) y un número incalculable de actores, figurantes, técnicos y obreros, trabajan en la Shaw Bros. Dueños, además, de ocho salas de proyección en Hong-Kong, doscientas en el Sudeste asiático, varias en Nueva York, San Francisco, Honolulu, Río de Janeiro, Ciudad del Cabo..., así como de parques de atracciones, «music-halls», Bancos, compañías de seguros y un negocio de importación-exportación (2), estos magnates no dudan en reconocer que todo su «imperio» se lo deben al cine y que no desean sino incrementarlo. Lo conseguirán, seguro, porque explotar al público siempre ha dado estupendos dividendos. ■ **FERNANDO LARA.**

(1) Entre la documentación manejada a la hora de describir el «Imperio Shaw», figuran el texto escrito por Nguyen Long para su realización «Hong-Kong: Le show de mister Shaw», emitida por la ORTF dentro de la serie «Une première», y un breve artículo de Miguel Soler en «Última hora», de Palma de Mallorca.

(2) No todos los datos publicados sobre los hermanos Shaw coinciden entre sí. Los facilitados por Antoni Kirchner en «Tele/eXprés», por ejemplo, difieren en algún caso de los nuestros.



editorial
labor s.a.



BREVE HISTORIA DEL SOCIALISMO
Norman MacKenzie (N.C.L. Nº 92)
2ª Edición

MacKenzie nos ofrece un extraordinario estudio sobre el nacimiento y desarrollo de las ideas y teorías socialistas, así como de su práctica histórica posterior y multiforme, desde sus más conspicuos pensadores y teóricos (Owen, Proudhon, Marx, Bernstein y Lenin), a las configuraciones estatales que han emergido en el panorama mundial de los últimos cincuenta años.

EL ARTE DEL SIGLO DE LUIS XIV
Bernard Teysnière
(N.C.L. Nº 152 y 153)

Brillante monografía sobre el llamado «Gran Siglo» francés, evocadora de un momento artístico fastuoso, que dictó sus modas y sus modos a Europa entera. La corte de Luis XIV, alumbró un impresionante conjunto de obras de arte, cuya culminación había de ser la grandiosidad de Versalles.



LOS CAZADORES
E.R. Service (N.C.L. Nº 156)

En las páginas de este libro, el profesor Service de la Universidad de Michigan, nos ofrece todo el sabor de la vida primitiva de las sociedades cazadoras-recolectoras, en trance de desaparición, que todavía perviven en «habitats» muy distintos, que van de las regiones polares hasta las selvas tropicales y de las costas, al interior de los desiertos.

EL CINE COMO ARTE
Stephenson-Debrix (B.U.L. Nº 24)

Stephenson y Debrix, formados en el British Film Institute y el IDHEC de París respectivamente, han condensado en este manual, no tan sólo los factores técnicos que condicionan el proceso de creación artística, sino también los factores psicológicos de la llamada «historia de las imágenes» y las reacciones del espectador.



DISTRIBUYE: EDITORIAL LABOR, S.A.
Alcalá, 144 - MADRID (9)
Ronda Universidad, 23 - BARCELONA (7)